

tenia en sí mismo y en su estrella, para lo cual estaba naturalmente dispuesto. Pero es necesario repetir que en lo general el príncipe nos rehusa sus simpatías: es que no somos bastante católicos, ni bastante románticos. Acaso también las prevenciones que manifiesta provienen de ese resentimiento íntimo y profundo contra la Francia, que algunas veces pueden adormecer las necesidades políticas, pero que, por buenas ó malas razones, debe ser hereditario en la casa de Hapsbourg. Sea lo que fuere, al príncipe no le agrada nuestro idioma, y felicita al emperador Francisco José, por haberlo desterrado de su corte; no le agradan nuestras modas, y felicita á los españoles por no haberlas adoptado; pero lo que detesta sobre todo, son nuestras ideas y nuestro espíritu.”

Muchas cuestiones habrían podido ser resueltas por el mariscal, de una manera mas conciliadora, en conversaciones íntimas que por medio de la correspondencia; pero Maximiliano le habia recomendado frecuentemente que viniera pocas veces al palacio de México, porque pretendia el emperador, que las visitas del general en jefe podian interpretarse de una manera desfavorable á los mexicanos. Cuando residia en el retiro de su palacio de Chapultepec, le espresaba el deseo contrario. Esta misma regla de conducta se vuelve á encontrar en los últimos escritos de Maximiliano á su ministro de la Guerra, fechados en la ciudad de Querétaro: en ellos espresa cuánto le impacienta el yugo francés, y el placer que le causa la partida de la intervencion, á la que, sin embargo, le debia su trono. Esta actitud que tomó desde el principio de su reinado, carece de lógica.

## XV.

Maximiliano hizo su entrada á la ciudad de Orizaba, llena de entusiasmo, en medio de una valla de infantería francesa y guardias nacionales, tendida en las calles y al ruido de los cohetes y repiques. Al momento se retiró á la casa de la opulenta familia de Bringas. El salon de Bringas, el mayor contrabandista de México, era el punto de reunion conocido de todos los enemigos de la intervencion, y recientemente habia habido allí muchas conferencias secretas que habia presidido á su paso Uraga, cuando iba á embarcarse al puerto de Veracruz. Durante la semana que el jóven emperador permameció en Orizaba no se mostró en público sino para ir á los baños. Desde que recibió el correo de Europa, que le traia noticias conmovedoras de la salud de la emperatriz, se retiró á la *hacienda de Jalapilla*, inmediata á la ciudad, y perdida entre los cafetales y las cañas de azúcar. Vacilaba aun abdicar; el padre Fischer, aprovechando su influencia sobre el jóven emperador, bajo el pretexto de que su espíritu y su cuerpo necesitaban mucho reposo, lo arrastró á aquella soledad. Las intrigas del partido reaccionario, que comprendia que con la ruina de la monarquía vendrian la ruina y el despojo definitivo del clero, disfrazaban á los ojos del soberano la importancia y la

rapidez de los triunfos de los liberales. Las visitas de los agentes clericales que trabajaban por retener á Maximiliano en México y solo bajo su bandera, necesitaban la sombra y el misterio: por eso se sucedían sin interrupción en la hacienda.

Sin embargo, una parte de los equipajes de la corona se había embarcado ya en la fragata austriaca el *Dandolo*, anclada en el puerto de Veracruz, y el cortejo alemán del príncipe, aunque sentía amargamente ver desplomarse el trono á que estaba adherida su propia fortuna, no podía desconocer que se había perdido la partida. En efecto, acababa de llegar á Orizaba la noticia de un grave desastre sufrido por las tropas austriacas el día 18 de Octubre. Una columna de 1.500 hombres casi, que iba en auxilio del general mexicano Oronoz y de los cazadores sitiados en Oaxaca, había sido atacada por las partidas juaristas en las colinas de la *Carbonera* y completamente derrotada, después de haber sufrido fuertes pérdidas de hombres y material de guerra. La situación interior se anunciaba tanto más mala cuanto que se aproximaba el momento en que debía ponerse en vigor la convención de 30 de Julio, y según ella, entregar á los comisarios franceses la mitad de los productos diarios de la aduana de Veracruz. Todos los recursos se desvanecían á la vez. Sin embargo, el mariscal se veía obligado á poner el dedo sobre aquella llaga tan sensible.

México, 25 de Octubre de 1866.

“Señor.

“Se aproxima el momento de aplicar la convención sobre las aduanas, como se ha convenido entre el gobierno de V. M. y el de la Francia. No habiendo aun recibido M.

Dano respuesta alguna á la notificación que dirigió con tal objeto, me ha informado que era su intención de confiarme á mí su ejecución.

“Tengo el honor de dar cuenta de ello á V. M., suplicándole se sirva dar sus órdenes para la ejecución de dicha convención.

“Sin duda conoce ya V. M. el desastre que sufrió la columna que iba en auxilio de Oaxaca; tendré el honor de hacerle saber los detalles luego que me remitan los documentos oficiales respectivos.

“El general Douay está en este momento más allá de Matehuala, en persecución de una partida bastante considerable de caballería.

“Con el más profundo respeto etc.

BAZAINE.”

Algunos días después la ciudad de Oaxaca, cuya guarnición se vió obligada á rendir las armas, apesar de la heroica defensa del jefe de los cazadores, el bravo comandante Testard, que murió durante la acción, capituló y abrió sus puertas al vencedor Porfirio Díaz. Este doble triunfo de los liberales hizo una gran sensación en todo México. En la tierra caliente los jefes de las guerrillas se envalentonaron, é hicieron demostraciones amenazadoras, agrupándose á los alrededores de Medellín, Tehuacan y Perote. En aquella hora crítica, Maximiliano, asediado por el clero, no se atrevía aun á tomar un partido decisivo, tales eran la versatilidad de su carácter y la magnitud de sus pesares. Le costaba mucho renunciar á esa corona que había soñado desde su infancia. Sorprende esa ambición precoz que le había inspirado “*los recuerdos de viaje*” que escribió después de haber contemplado bajo las bóvedas de Granada las insignias reales de Fernando el católico.

—“Toqué, dice Maximiliano, el círculo de oro y la espa-

da, antes tan poderosa, con un sentimiento mezclado de orgullo, de ambicion y de melancolía. ¡Cuán bello, cuán brillante sueño para el nieto del Haspbourg de España blandir la espada de Fernando para conquistar la corona!”

Estas pocas líneas esplican bien las dolorosas incertidumbres, las últimas angustias de que era presa la ambicion de Maximiliano en la *hacienda de la Jalapilla*.

Hé aquí una carta del 31 de Octubre, escrita bajo la impresion de la derrota de los austriacos, cuyo valor ha sido tan desgraciado, y en la cual olvida generosamente sus resentimientos contra los belgas. Atestigua bastante que en el momento solemne de una abdicacion resuelta en su espíritu, quiere tentar aun una última probabilidad antes de dejar caer un cetro que costaba ya tanto á su corazon y á su orgullo.

“Mi querido mariscal.

“En las circunstancias difíciles en que me encuentro, y que, *si las negociaciones que acabo de entablar no abocan á un resultado feliz*, me obligarán á entregar el poder que la nacion me ha confiado, me preocupa sobre todo fijar la suerte de los cuerpos voluntarios austriaco y belga, y garantizarles completamente las condiciones contraidas con ellos.

“Para lograr este objeto os envió á mi ayudante de campo, el coronel de Kodolich, al cual acabo de confiar el mando del cuerpo de voluntarios austriacos, y á quien doy los plenos poderes necesarios para arreglar esta cuestion que me interesa mas que ninguna otra.

“Este oficial goza de mi entera confianza, y al poner en vuestras manos, en las de la Francia tan sensibles por toda

abnegacion, la suerte de esos cuerpos tan valientes y tan adictos, espero con una seguridad plena el desenlace satisfactorio de este arreglo.

“Recibid, mi querido mariscal, la seguridad de los sentimientos de mi sincera amistad, con la cual soy

“Vuestro muy adicto

MAXIMILIANO.”

Orizaba, 31 de Octubre de 1866.”

A la hora en que hacia partir al coronel Kodolich para el cuartel general de México, Maximiliano conocia exactamente el objeto de la mision del general Castelnau. El enviado de Napoleon III venia á informarse por sus propios ojos, interrogando los hechos y la opinion pública, de si la monarquía era capaz de mantenerse sola. En el caso contrario, lo que en las Tullerías se sabia desde antes, debia provocar la abdicacion inmediata del emperador, y si rehusaba el jóven soberano volver á Europa, tenia la orden de disponer la partida de todo el cuerpo expedicionario en una sola vez y en un breve plazo. Estas instrucciones de su aliado Napoleon III, cuya última palabra ignoraba aun Maximiliano, no eran propias para alentarle á arrojarle solo á la empresa: por otra parte, no conservaba ya grandes ilusiones sobre la potencia de los resortes del elemento mexicano. Su espíritu fluctuaba entre la humillacion de volver á Austria despues de un ruidoso jaque que comprometia su porvenir político, y entre el temor bien fundado de continuar una obra imposible, y el legítimo deseo de volver á ver á una compañera víctima de su abnegacion y de su mala fortuna.

Aquí es adonde interviene una peripecia dolorosa, ignorada, y que ha tenido tanta influencia en los destinos del desgraciado príncipe, á quien condujo al cadalso de Querétaro. Maximiliano se habia estrellado en sus negociacio-

nes con los jefes liberales y con los Estados-Unidos, adonde en su ceguedad, habia ensayado una segunda tentativa. La salud de la emperatriz Carlota, que se creia casi perdida, lo llamaba mas que nunca al castillo de Miramar. Ya se alistaba para embarcarse para Europa, sin intencion de volver, cuando le llegó una carta de M. Eloin, el consejero belga, fechada en Bruselas, no sin haber sido leida al pasar por los Estados-Unidos, por el gabinete negro de Washington.

“Señor.

“El artículo del *Monitor* francés desaprobando la entrada á los ministerios de guerra y de hacienda de los generales franceses Osmont y Friant, prueba que para lo de adelante y sin pudor se ha arrojado ya la máscara. La mision del general Castelnau, ayudante de campo y hombre de confianza del Emperador, aunque secreta, no puede tener, en mi juicio, mas objeto que tratar de provocar una solucion lo mas pronto posible. Para tratar de explicar su conducta, que juzgará la historia, el gobierno francés desearia que precediese á la vuelta del ejército una abdicacion, y poder así proceder á organizar por sí solo un nuevo estado de cosas capaz de asegurar sus intereses y los de sus nacionales. Tengo la íntima conviccion de que V. M. no querrá dar esa satisfaccion á una política que debe responder tarde ó temprano . . . . de sus actos y de las consecuencias fatales que de ellos deriven.

“El discurso de M. Seward, el toast á Romero, la actitud del presidente, resultado de . . . . del gabinete francés, son hechos graves destinados á aumentar las dificultades y á desalentar á los mas bravos. Sin embargo, tengo la íntima conviccion de que abandonar la partida antes de la vuelta del ejército francés, seria interpretado como un acto de debilidad, y el emperador que tiene su poder por vo-

to popular, al pueblo mexicano, *libre de la presion de una intervencion extranjera*, es á quien debe apelar de nuevo, y á él es preciso que pida el apoyo material y financiero indispensable para subsistir y prosperar.

“Si esta apelacion no es atendida, entonces habiendo cumplido V. M. hasta el fin con su noble mision, volverá á Europa con todo el prestigio que lo acompañaba al partir de ella, y *en medio de acontecimientos importantes que no dejarán de surgir, podrá S. M. hacer el papel que le corresponde por todos aspectos.*

“Habiendo salido de Miramar el dia 4 de este mes con la resolucion de embarcarme en San Nazario, despues de haber recibido las órdenes de S. M. la emperatriz, me he visto obligado á aplazar mi partida. Era preciso esta alta influencia para cambiar una determinacion que me aconsejaba mi adhesion como el cumplimiento de un deber.

“He tenido un vivo pesar al saber que mis numerosas comunicaciones de Junio y Julio no han llegado á V. M. en tiempo oportuno. Puestas bajo otra cubierta rotulada á Bombelles y acompañadas de largas cartas escritas á este amigo fiel, para que las comunicase á V. M., no podia yo prever que antes de recibirlas partiese Bombelles de México. Hoy han perdido todo el interés que les comunicaban los acontecimientos tan imprevistos que se sucedian entonces tan rápidamente.

“Siento sobre todo este fatal incidente, si él ha podido despertar por un instante en el ánimo de V. M. algunas dudas sobre mi incesante deseo de cumplir fielmente con mi deber.

“Al atravesar el Austria he podido apreciar el descontento general que reina allí. Nada se hace aun. El emperador está *desalentado*; el pueblo se impacienta, y pide públicamente su abdicacion. Las simpatías por V. M. se comunican ostensiblemente á todo el territorio del imperio.

En Venecia un partido entero quiere aclamar á su antiguo gobernador; pero cuando un gobierno dispone de las elecciones bajo el régimen del sufragio universal, es fácil prever el resultado.

“Segun las últimas órdenes de V. M., remití por este correo un telégrama cifrado á Roccas, para advertir á V. M. la llegada del general Castelnau y la desaprobacion de la entrada al consejo de Osmont y Friant.

“He sabido por G\*\*\* que la actitud dudosa, tomada en Paris por 2,146, se hacia cada dia mas pública. Hace algun tiempo que colma de consideraciones y de dinero al jóven Salvador (Iturbide) el cual nada comprende de este cambio. Creo necesario volver á tener al jóven cerca de mí, mientras terminan sus vacaciones. El estado de la salud del emperador preocupa vivamente á la Europa entera.

.....  
ELOIN.

Bruselas, 17 de Setiembre de 1866.”

¿Es creible que un consejero del trono se haya atrevido á usar semejante lenguaje, si no estuviese autorizado á ello por las aspiraciones secretas y las confidencias de su soberano? De suerte que Maximiliano soñaba nuevas aventuras, y su mirada ambiciosa se habia desprendido ya de la corona de México, para fijarse en la de Austria y en Venecia convertida en provincia italiana: á menos que á imágen de Carlos V su abuelo, á quien llamaba el emperador poeta y á quien pretendia imitar, no hubiese previsto en el porvenir sus dos cetros confundidos en su mano. \* A cada paso que se dá á través del laberinto de esta lamentable

\* Aun se habia tratado por un instante de restaurar la corona polaca para Maximiliano. En la última insurreccion que desoló á este desgraciado país, se habia visto á M Pouilly-Mensdorff, virey de Galicia, dar las gracias públicamente, desde el balcon de su palacio en Cracovia, al pueblo reunido bajo sus ventanas, y gritando: “Viva Maximiliano, rey de Polonia.” La Austria no era estraña á esta manifestacion.

historia, salida de una doble política, se estrella el observador en las intrigas y en la conspiracion.

En presencia de los sordos manejos que habia reavivado Sadowa, es preciso no admirarse de que hasta el título que llevaba el hermano de Francisco José hiciese sombra á la corte de Austria, y que esta dirigiese al baron de Lago una nota en la que se prohibia al archiduque Maximiliano que pisase el suelo austriaco si queria volver á Europa con su título de emperador. Además una carta de la emperatriz-madre que tenia por su hijo menor una marcada predileccion (siendo la actitud de Francisco José tan reservada con ella), alentaba á Maximiliano á *dejarse enterrar bajo los muros de México, mas bien que dejarse apocar por la política francesa.*

Despues de haber meditado la carta de M. Eloin, Maximiliano, olvidando los peligros para escuchar solo la voz de una loca ambicion, volvió á empuñar las riendas del poder, y resuelto á entregarse al partido clerical que le prometia un tesoro y un ejército, preparaba una apelacion al pueblo mexicano.